

Debates, reflexiones y propuestas. Acerca de la divulgación histórica

Gonzalo de Amézola

Universidad Nacional de La Plata

Universidad Nacional de General Sarmiento

Hace casi tres años, poco después que un conjunto de libros sobre historia argentina dirigidos al gran público lograran una extraordinaria difusión, comenzó una dura controversia acerca del valor de lo que se dio en llamar la “nueva divulgación histórica”. Esta inesperada polémica se desató en torno a *Argentinos*, el exitoso libro donde Jorge Lanata se ocupa de los últimos cien años del pasado nacional y se inició con las objeciones que hiciera a esta obra el prestigioso historiador Luis Alberto Romero en una reseña bibliográfica que se publicó en el diario *La Nación*. A partir de allí, la discusión se fue destemplando a la vez que ganó espacio en radios y revistas y, aunque el episodio inicial está terminado, la confrontación entre divulgadores e historiadores reaparece con frecuencia en distintos medios de comunicación. De esta forma parece plantearse un nuevo dilema donde debe elegirse entre divulgadores apasionados en la búsqueda de una conjetural semilla del “ser nacional” a través del tiempo y académicos aburridos que interponen objeciones metodológicas a esos trabajos pero que son acusados por los primeros de reaccionar sólo por la envidia que les produce las extraordinarias cifras de venta de sus obras. A tal grado llegó el maniqueísmo con el que se presenta el tema que en 2003 la revista *Noticias* lo resumió en términos futbolísticos de esta manera: “...en fin, *millonarios* académicos versus advenedizos *bosteros*”.

Más allá de esta degradación en sus términos, la polémica encierra una pregunta importante: ¿deben estar relacionadas la investigación histórica y la divulgación para el gran público o, por el contrario, mantenerse como dos ámbitos autónomos?

En los últimos veinte años la Historia erudita tuvo en nuestro país un avance notable. La estabilidad institucional y la normalización de las universidades permitió una creciente profesionalización de nuestra disciplina, mientras que la convivencia democrática que se abrió a partir de 1983 hizo posible una tolerancia hacia quiénes sostenían visiones diferentes como nunca antes había sido posible en la Argentina. Simultáneamente, las investigaciones se expandieron en gran forma, tanto en número como en centros de producción y publicaciones.

Pero esta profesionalización también tuvo sus costos, ya que frecuentemente atosigó a los historiadores con obligaciones burocráticas, como lo son la selva de informes y planillas que deben presentarse para sobrevivir en el mundo académico que floreció paralelamente en esos años. A esta situación local se le sumó otra global: la llamada “crisis de la Historia”. A partir de la década de 1980 las teorías que aspiraban a explicar el mundo —el marxismo, el funcionalismo, el estructuralismo y la historiografía francesa de la Escuela de los *Annales*— perdieron vitalidad y consenso. Las visiones

totalizadoras fueron cuestionadas por ideas relativistas y aparecieron nuevos campos de estudio y sujetos históricos —como la historia de la vida cotidiana y la historia de las mujeres, que son los más difundidos— lo que hizo posible que muchos estudiosos se volcaran a nuevos y a veces insólitos campos de interés, en lo que François Dosse llamó “la historia en migajas”. Así, amparados en el nuevo estado de cosas, numerosos historiadores se ensimismaron en su propia “migaja” y sólo buscaron ser escuchados por su propia capilla.

¿Es ésta la única función del historiador en la sociedad? En su fascinante libro de memorias, Eric Hobsbawm afirma: “No se puede huir del pasado, esto es de los que recogen, interpretan, construyen ese pasado y debaten en torno a él (...) Lo que dicen los textos escolares y los discursos de los políticos acerca del pasado, el material que usan autores de ficción, fabricantes de programas y videos televisivos, todo procede en último término de los historiadores.” Gran Bretaña, subraya este autor, tuvo una poderosa tradición de expertos que escribieron a la vez con seriedad y simplicidad.

¿Podríamos afirmar lo mismo para nuestro país? ¿Cómo sacia su interés por la historia el gran público? Con los libros de Pacho O’Donnell, Jorge Lanata o Felipe Pigna. Estos publicistas explican todos los fenómenos del pasado por la acción intencional de individuos “buenos” o “malos” y ganan adeptos con una especie de visión discepoliana, en la que se sostiene una autocomplaciente visión teleológica de que “el mundo fue y será una porquería”, reforzando así la idea ahistórica de un destino inexorable que eternamente se abatirá sobre los argentinos y que impide comprender las diferencias entre pasado y presente. En la narración de estos divulgadores los cambios que enriquecieron a la Historia como disciplina en las últimas décadas no tienen cabida y, aunque es lícito su interés por lo pretérito, las herramientas que utilizan para ocuparse de él resultan rudimentarias y anacrónicas.

Mientras tanto, la mayoría de los historiadores profesionales escriben para los expertos —lo que en sí mismo está bien— pero se desentienden de los hombres de a pie, que quedan así en manos de autores que tienen sentido dramático y son buenos narradores pero que no se preocupan por explicar e interpretar procesos históricos sino de juzgar y pontificar sobre la vida de los hombres del pasado extrapolando imprecidentes criterios actuales, convencidos de que esta perspectiva les asegurará un buen lugar en la lista de *best sellers*.

¿Puede resultar grave esta despreocupación de los investigadores?

Hace algunos años, Umberto Eco se preguntaba por qué en Italia ya casi nadie sabía lo que había significado el fascismo. Existían libros muy buenos que eran leídos por unos pocos miles de personas pero para el común de la gente quedaba nada más que el espectáculo, los programas de televisión y las películas donde hay sólo “buenos” y “malos”. “Lo que nos faltó”, decía Eco, “es precisamente un espacio de reflexión no especializada...” ¿Nos ocurrirá lo mismo a los argentinos como consecuencia de dinamitar los puentes entre la Historia erudita y la divulgación?

Clio & Asociados es una publicación preocupada por la dimensión social de nuestra disciplina. Por esta razón, junto con la enseñanza escolar, la divulgación histórica es un problema que consideramos de primera magnitud ya que el “sentido común histórico” se construye en las aulas pero también —y sobre todo— por las visiones del pasado que aparecen en las publicaciones para el gran

público y en los medios de comunicación masiva. En consecuencia, a partir de este número abrimos un espacio para debatir y reflexionar sobre el tema con una participación que procuramos sea amplia, incorpore a todos los interesados en el estudio del pasado desde distintas especialidades e incluya a quienes se dedican a la divulgación con buenas armas aunque sus libros tengan un menor impacto en el mercado editorial. Esperamos también que en esta nueva sección la participación de los investigadores sea entusiasta porque creemos que, como dice Hobsbawm, “...los historiadores no deberían escribir sólo para sus colegas.”